

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, AGOSTO 15 DE 1873.

{ NUM. 42.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### EL DIAMANTE FALSO.

[Concluye.]

Este joyero, sugeto de probidad y delicadeza, al ver que dos doncellas de catorce á quince años entraban con disimulo en su tienda á la hora misma de abrirla, y que se informaban con tanto anhelo del valor á que podian llegar los collares que ellas le presentaban, no pudo menos de concebir algunas sospechas, y dirigió á ambas hermanas varias preguntas que la prudencia le dictaba. Turbáronse al parecer con ellas las desconocidas jóvenes, cuyas intenciones se ignoraban enteramente por el joyero. Examinando este al principio el collar de Clemencia, juzgó que el diamante valia treinta luises. «Con veinticinco me contento, le dijo la doncella; dé usted otro tanto á mi hermana por el suyo, y es asunto concluido.—¡Ah! no va esto tan de prisa como usted piensa, repuso el joyero: desde luego es preciso que sepa yo de dónde tienen ustedes estas alhajas, y quién les ha encargado venderlas.—Son nuestras, replicó con arrogancia Felicia; no estamos aquí nosotras para vender los diamantes de nadie.

—Me inclino á creerlo así; pero los pocos años de ustedes, su apresuramiento, y si es menester confesarlo, la turbacion y encendidos colores que se observan en sus rostros, todo está acusándolas al parecer.—¡Pues qué, caballero! ¿nos tomaria usted por ladronas? repuso Clemencia con desentonada voz.—Bien está, hermana, vámonos á otra tienda, repuso vivamente Felicia; no todos serán tan poco contentadizos como este caballero.—Lo siento en el alma, señoritas, replicó el joyero, que continuaba teniendo siempre el collar de Clemencia en la mano; pero mi obligacion y los reglamentos de policia me mandan retener estas alhajas hasta que sepa de quién son.—Protesto y aseguro á usted que son nuestras, repitió Clemencia; nos las dió nuestro padre unos quince dias há... para celebrar nuestros dias.. Somos hermanas mellizas. Hay ocasiones en la vida, en que es necesario desprenderse de las cosas que mas se aprecian..... Nunca, puede creerme usted, caballero..... no, nunca se vendió en esta tienda mas legítimamente..... » Este acento de la verdad, hizo en el joyero una impresion que tuvo dificultad para desechar; vacilaba, y no se atrevia á entregarse á las sospechas á que tanto lugar daban todas las apariencias. «Si supiera usted quiénes somos, añadió Felicia presentándole su collar, le pe-

saria tanto como á nosotras, el haber osado abochornarnos..... Crea usted que somos tan sinceras como bien miradas.—Ustedes me engañan, repuso el joyero con vehemencia, al examinar de nuevo mas atentamente el collar de Felicia.—¿Y en qué presume usted, dijo Clemencia, que no debe dárseles crédito?—Ustedes me engañan, les repito, gritó el joyero con un arranque de cólera é indignacion; y no hay que burlarse así de mí.—¡Engañarle á usted nosotras!—Este diamante es falso.—Es imposible.—Me parece que debo entender de esto. Ustedes han creído que presentándome el del primer collar que es un verdadero brillante, no echaria de ver yo que la piedra del segundo era falsa. Es preciso convenir en que tiene un hermoso brillo, y que, fuera de mí, á cualquiera otro engañaria fácilmente.—Pero, caballero, exclamó Clemencia, le juro á usted en nombre de cuanto hay de mas sagrado...—¡Ah! señoritas, ¡así es como bajo la apariencia de candor é ingenuidad trafican ustedes en diamantes falsos! ¡Buen oficio tienen ustedes en esto! Pero haré de modo que ustedes no puedan engañar á aquellos compañeros míos que no tienen mi esperiencia. Que vayan al punto, dijo á uno de sus mancebos, que vayan al instante á avisar á un alguacil de policia, y sean entregadas luego á la justicia estas dos honradas

vendedoras de diamantes falsos.—Caballero! exclamó Clemencia, en quien estas palabras obraron todo el efecto de una puñalada; caballero, sosiegue usted esa cólera; estamos inocentes, se lo atestiguo á usted, como hay Dios!..... Sí, hemos recibido estos diamantes de mano de nuestro padre, al que habrán engañado sin duda alguna..... y supuesto que nos pone usted en la necesidad de decir quiénes somos, sepa que está hablando con dos hijas de M. de Lucival, fabricante de sedas, que vive en la calle de Saint André des Arcs, núm. 3, junto á la plazuela de Bussy.—Haga usted que nos lleven á nuestra casa, añadió Felicia con tono airado; y verá, hombre ignorante y brutal, si somos capaces de engañarle.—El tono de su hermana de usted, le respondió el joyero, lleva en sí todo el carácter distintivo de la verdad; pero el de usted remueve y destruye toda confianza; y en esos ojos y trémulos labios se lee un no sé qué de falso. Por lo demas, si ustedes, como afirman, son de la familia de un fabricante de sedas, vengo en no dar escándalo, y atender á la reputacion de su padre. Marchemos al punto á casa de ustedes, denme el brazo, señoritas; y sobre todo no cuenten con escapárseme: no se niega mi genio á disimular una imprudencia ó travesura propia de jóvenes; pero soy sumamente desapiadado con la gente bribona, y mas especialmente con la que es embustera.»

Al acabar estas palabras, toma por el brazo á cada una de las hermanas, y las lleva atravesando así por las diferentes calles que iban á su casa. Ahogada Felicia de rabia y despecho, prorumpia en mil denuestos. En cuanto á la pobre Clemencia, pálida y trémula, iba andando, ó dejándose llevar por mejor decir, como una víctima, cabizbaja, y derramando un mar de lágrimas. Este espectáculo atraía hácia ellas á todo el pueblo que se hallaba en su paso; é interpretando cada uno á su modo la cruel situacion de ambas doncellas, les dirigia en voz recia los mas amargos é injuriosos epítetos.

Llegaron, por último, á casa de M. Lucival, quien al verlas cercadas de aquel gentío, sale al encuentro de ellas. «¡Padre! ¡oh padre! ¡esto me matará!.....» exclamó Clemencia, arrojándose á sus brazos sin sentido casi. El joyero pone á Felicia en poder de M. Lucival, cuya mucha fama impone luego silencio á los dichos y conjeturas del populacho que se alejaba. Entran, danse esplicaciones, y queda reconocida la inocencia de ambas mellizas. El joyero se deshace en excusas; se echa á las rodillas de Clemencia, cuyo bondadoso corazon luce con todo esplendor; humedece sucesivamente su llanto las manos de aquella ilustre víctima, y las llena de besos; y ofrece en seguida á su familia dar la satisfaccion que se exija. «No es usted reprehensible, le dijo M. de Lucival; la piedra falsa que forma este collar, y el modo imprudente con que á usted se la presentaron, han debido inducirle á un error que solo siento á causa de mi querida Clemencia. Al dar un diamante falso á Felicia, fué mi intencion ofrecerle el emblema de la impostura, que está envileciendo continuamente su corazon y manchando sus labios. Me hallaba bien distante de esperar que produjese tan cruel efecto; pero no puedo menos de dirigir rendidas gracias á la Providencia por la terrible leccion que instruye en este momento á mi hija.»

Lo que acabó de causar una conmocion tan viva como saludable en el alma de Felicia, fué que apenas M. de Lucival, cercado de todos sus oficiales, á quienes tan estraño lance habia atraído, acababa de proferir estas palabras, cuando se presenta un desconocido, entrega el rollo de cincuenta luises, cuya pérdida se habia anunciado en carteles públicos por José, y se marcha sin querer aceptar la prometida particion, ni aun el menor hallazgo.

Cayendo entonces Felicia en la inocencia del pobre José á quien habia acusado, conoció que la falsedad de nuestro pecho nos inclina siempre á tachar á los otros del vicio de que estamos tocados; confesó de plano todas sus faltas, y recapitulando los sinsabores que habia ocasionado á su familia, el tormento humillante que acababa de padecer á una con su hermana, el escándalo que habia dado en toda la casa de su padre, y el pesar del honrado joyero, juró

de la impostura para siempre; llamó hácia sus ojos y frente el candor, la calma y la sinceridad, y estuvo repitiendo toda su vida lo que sus padres le dijeron entonces estrechándola en sus brazos: «la mentira es un continuo martirio y la fealdad del alma.»

### LA PUESTA DEL SOL.

Mirad cuán bello entre celajes de oro  
Reclina su cabeza moribundo,  
Y cuál con dulce y armonioso coro  
Su adios postrero le dirige el mundo.

Con cuánta majestad va descifinando  
Poco á poco la fúlgida corona  
De su radiosa frente, y se va hundiendo  
Para ir á iluminar distinta zona.

¿Por qué nos dejas, rey del firmamento?  
Detente, sí, que mientras dura esta hora,  
Altivo se remonta el pensamiento  
Hasta ese cielo que tu lumbre dora.

Cuando miro tu frente fatigada  
Reclinarse en el seno de Occidente,  
Vaga sobre él perdida la mirada  
Y vagan sueños mil sobre mi frente.

Que si encima al zenit, es tu grandeza  
Mucho mayor que el orbe que iluminas,  
Infinita tambien es la belleza  
Emanada de tí, cuando declinas.

Hora solemne en que las almas buenas  
Errando van por el azul del cielo,  
En que olvidadas las amargas penas,  
Quiere á otros mundos alcanzar el vuelo!

Cuán dulce es á mi pecho conmovido  
Escuchar la parlara golondrina  
Despedirse del sol, buscar su nido  
Y mirar desde allí cómo declina.

Escuchar que se queja la paloma  
Viendo la noche desplegar sus velos,  
Y entre sus sombras ver cómo se asoma  
El enemigo cruel de sus hijuelos.

Sentir del aura la caricia leve  
Agitarse y pasar sobre mi frente,  
Y á su impulso mirar cómo se mueve  
El lirio á las orillas de la fuente.

Mirar cuál se dibujan en el disco  
Del astro rey, azules las montañas,  
El corderillo que entra en el aprisco,  
Los pastores que van á sus cabañas.

¡Salud, oh tú, que viste mil naciones  
Edificar murallas y ciudades,  
Y monumentos mil de sus pasiones  
Gigantescos legar á las edades!

Tú que viste á Numancia y á Cartago,  
A Esparta, Aténas, á la altiva Roma,  
Que de Troya infeliz viste el estrago  
Y el fuego que llovió sobre Sodoma.

De Cleopatra, Semíramis y Nino  
Los soberbios palacios levantarse,  
Y luego por la mano del destino  
Uno tras otro viste derrumbarse.

Bendita esta hora en que tu luz espira!  
Bendita, sí, que su serena calma,  
Prestóme inspiracion para mi lira,  
Y dulzura sin fin para mi alma.

ANGELA LOZANO.

México, Julio 24 de 1873.

## MELITO Y EL GÜERO.



### IX

Claro como la luz meridiana ha visto el papá el asunto, y no le parece sino gravísimo. Promete echar mano de cuanto recurso se le presente, para que se restablezcan las antiguas y fraternales relaciones entre su Melito y el Güero; pero es el caso que Melito no se muestra consolado á pesar de aque-

llas promesas de mediacion, y el papá comprende que habrá de recurrir á la última razon, pero no la de los reyes, sino la de los papás. Abre, en consecuencia, el cajon de su mesa, y se pone á buscar un consuelo para su hijito, consuelo mas positivo y sustancioso que sus anteriores palabras y mimos.



X

Poco tardó el papá en hallar lo que le hacia falta: era un magnífico caramelo color de rosa y blanco, de esos que saben á plátano guineo y á pifia, que solo de verlo se hacia agua la boca. Era casi tan grande y tan grueso como el cetro de *Carlos IV* el de la estatua ecuestre del *Paseo*; visto lo cual, comprendió el papá que no podria Melito comérselo to-

do, y se puso á partirle un trozo muy regular. El primer efecto de tan salvadora medida fué, apagar considerablemente el resentimiento de Melito; pues hubo de seguir éste la operacion con tal interes, que casi olvidó por completo su reciente querella con el Güero.

alguna vez no me entendiéreis, preguntadme, no temais; yo repetiré y explicaré lo que no hubiéreis comprendido. Yo satisfaré vuestras dudas: yo alumbraré vuestro entendimiento, porque todo mi afan se dirige á haceros hombres de bien, instruidos y laboriosos.

Sí, hijos míos: cuando yo no exista, vosotros llevareis mi nombre, y quiero que el nombre de un verdadero español sea respetado en todas partes. Vosotros cerrareis mis ojos, y ya que otra cosa no pueda legaros, quiero que las escelencias de vuestras acciones os granjeen el aprecio general de vuestros conciudadanos; y no dudo que este aprecio, consecuencia precisa de vuestras virtudes, de vuestra honradez é instruccion, os proporcionará una vida feliz y una muerte tranquila.

Sea cual fuere vuestra posicion social, conténtaos con ella y decid: *las verdaderas riquezas son la virtud y la sabiduría.*

Acercáos á mí y escuchad.

[Continuará.]

### EL PERRO Y EL GATO.

(FABULA.)

Envidiando el perro al gato,  
Y el gato al perro..... ¡qué par!  
Quisieron de voz cambiar  
En mútuo y formal contrato:  
Accedió Júpiter grato  
De ambos á la peticion;  
Pero ni asustó al ladron  
El perro diciendo *miau*,  
Ni el gato con su *guau guau*  
Logró cazar un raton.

Convencidos de su yerro,  
Pidieron ambos danzantes,  
El gato mayar cual antes,  
Y ahullar cual antes el perro:  
Jove desde su alto cerro,  
Volvió á escucharlos propicio;  
Y el can, tornado en su juicio,  
Dijo al gato: «abur, consocio!  
*Cada cual á su negocio:*  
*Quiero decir..... á su oficio.»*

### EL CUENTO DEL ABUELO.

Tomando el fresco á la puerta de una hermosa casa de campo estaba sentado un anciano; aunque los años habian emblanquecido sus cabellos, no habian podido quitar el color de la juventud á sus mejillas.

Miraba complacido á sus netezuelos que acababan de llegar de la escuela; el mayor, de doce años de edad, jugaba con su perro, mientras una de las niñas cogia flores para hacer un ramillete, y otra leia en un libro. Una niñita como de unos tres años se habia subido á las rodillas del anciano, y le acariciaba cariñosamente.

Despues de haber jugado un rato, dijo el niño: abuelito, ¿por qué no nos cuentas un cuento?

Sí, sí, repitieron en coro las niñas, dejando la una sus ramilletes, y cerrando la otra el libro en que parecia estar leyendo con la mayor atencion.

Sí, abuelito, refiérenos uno de esos cuentos que tú sabes contar con tanta gracia, dijo la del ramillete.

Estoy dispuesto á complaceros, dijo el abuelo, pero ¿qué clase de cuento quieren ustedes?

Un cuento de hadas, respondió la niña, que justamente acababa de leer uno.

Siempre les place á las niñas oír semejantes consejos, porque están llenas de sucesos maravillosos, dijo el anciano.

Cuéntanos algo de batallas y guerras, replicó entonces el niño.

Sentáos aquí alrededor, dijo el buen anciano, y os contaré algo que ni tiene los portentos de un cuento de hadas, ni los horrores de las guerras y batallas.

Los niños se acercaron, y el abuelo comenzó la siguiente narracion:

### EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

POR

DON ANTONIO ALVERÁ DELGRÁZ.

#### INTRODUCCION.

“En todos los libros se encuentra bueno, mediano y malo. No es fácil componerlos de otro modo.

“Las obras de los hombres siempre descubren las flaquezas de la humanidad, por mas cuidado que se ponga en ellas. Por tanto, es una locura buscar un libro perfecto, que no deje algun lugar á la crítica.

“La suerte de muchos libros es no agradar hasta despues de la muerte de sus autores. La envidia persigue á los vivos; pero perdona ú olvida á los muertos.”

OVIDIO.—MARTIAL

La popularidad que ha adquirido en Italia el nombre de César Cantú, la general aceptacion y reconocido mérito de sus obras, y el aplauso que Mme. Tastú ha merecido en Francia al imitarle, son las causas que han despertado en mí el deseo de hacer conocer en España la EDUCACION MORAL DE LA INFANCIA.

Su objeto no puede ser mas noble, mas filosófico é importante: *Moralizar é instruir deleitando.*

Grabar en el tierno corazon de los niños máximas morales y sólida instruccion con impresiones indelebles; preparar esas tiernas almas para lo porvenir; guiarlas por el verdadero camino de la virtud y de la sabiduría: hé aquí el objeto que César Cantú se propuso en Italia, y yo me propongo en España al imitarle.

*El maestro de los niños* es un curso de moral é instruccion progresiva desde la infancia hasta la juven-

tud. Pero al traducir á Mme. Tastú, me he convencido de que para lograr el objeto que deseo, era necesario hacer algo mas que traducir. Era preciso cambiar nombres, lugares, costumbres de los personajes, etc.: en una palabra, *españolizar* esta obra todo lo posible.

Esto es lo único original que me pertenece. Si al hacer estas variaciones, que he creido necesarias, he cometido un yerro, que algunos llamarán osadía ó poco respeto al nombre de Cantú, estoy seguro que el autor me perdonará, comprendiendo la noble idea que me ha impulsado á hacer esas variaciones. Esta idea es la que siempre tengo por divisa: *Procurar ser útil á la educacion de los niños.*

#### A MIS HIJOS.

“Es mas acertado contener á los niños por honor y ternura que por el temor y castigo.”

Venid acá, hijos míos, acercáos á mí, rodeadme y escuchad. Voy á contaros varias historietas y anécdotas, para que al mismo tiempo que os entretengan y esciten vuestra curiosidad, os instruyan y os dirijan por el verdadero camino de la Religion, de la Moral y de la Sabiduría. Cada una de estas historietas, que quedarán (lo espero) grabadas en vuestros corazones, encierra una leccion de moral y máximas apreciables que no olvidareis nunca.—Acercáos á mí, dejad que os ponga sobre mis rodillas, que bese vuestra frente, que abrace vuestra cintura. Vosotros sois mis hijos, y os quiero mucho, mucho. Vosotros me quereis á mí tambien, ¿es verdad?—Sí, porque los buenos hijos quieren mucho á sus padres, y vosotros sois muy buenos hijos. ¡Benditos seais!—Escuchad con atencion; y si

«Hace muchos años que en la isla de Santo Domingo vivía una familia rica, poseedora de una finca con muchos esclavos y tierras, y vivía feliz porque era humana con sus negros, hospitalaria con los extranjeros y caritativa con los pobres.

Tenían los dueños de aquella finca un hijo á quien amaban como primogénito y único, sucesor de su nombre y heredero algún día de los caudales que habían allegado con el trabajo de sus negros.

Contaba el niño muy pocos años cuando una desgracia visitó por primera vez á aquella familia, privándola de la cariñosa madre. Esta, en sus últimos momentos, recomendó muy especialmente el hijo que dejaba, á una negra ya anciana, que había pertenecido á sus padres, asistido á su madre en sus últimos catorce años de completa ceguera, y á quien todos respetaban, porque jamás hubo sierva más fiel á todos sus deberes. Tenía ella dos hijos; pero desde el momento que en el lecho de la moribunda ofreció atender al hijo de su ama más que á los suyos propios, se consagró exclusivamente al cuidado del pobre huerfanito.

Al poco tiempo ya el niño se había acostumbrado á mirarla como si fuera su propia madre, y bien pudo decir después, cuando llegó á ser hombre, que el cielo le había dado la más cariñosa de las madres.

Adormecíale la negra al son de las canciones de su país, y no perdonaba medios de inspirarle los mejores sentimientos, ayudándole á ello la buena índole y dócil condición del niño.

Un día empezaron á correr rumores de que los negros se habían levantado en una finca lejana, degollando á sus amos, arrasando los campos, y dirigiéndose en muchedumbre á todos los ingenios y cafetales para arrastrar consigo á las dotaciones. Pocos días después se vió venir una horda de aquellos salvajes en dirección de la finca que conocemos, y apenas tuvieron tiempo los blancos de salir en busca de refugio á las malezas y á los bosques.

¿Qué se hizo del dueño? nadie ha podido saberlo, y solo puedo dar á ustedes noticias del niño y de la negra.

Apenas invadieron la finca los desalmados salvajes, la negra tomó en brazos al niño, y con más ligereza de la que consentían sus miembros cansados por los años, corrió al bosque inmediato: entróse en su espesura, y no creyendo aún seguro al aterrado niño, se fué á la orilla del mar y le escondió en una cueva.

Al día siguiente salió de su escondrijo en busca de sustento para su protegido, y continuó así por muchos días esperando que las tropas vinieran á reducir los esclavos al orden y á la obediencia de sus amos.

Un día, acercándose á una loma que dominaba la vega donde estaba situada la finca, vió los campos, las fábricas, reducido todo á cenizas, y por un negro supo que eran los salvajes dueños de todo, y que los blancos huían por millares en busca de seguridad á otras tierras.

Esta noticia la obligó á tomar una resolución, y costeando la orilla del mar llegó á un puerto donde la vista de muchos blancos la dió ánimo para acercarse y tratar de obtener informes de su amo. Todos no pensaban más que en dejar la tierra, y la buena anciana aceptó la oferta que le hizo una señora de embarcarse con ella para la vecina isla de Cuba.

No sin dolor y sacrificio se decidió la buena negra á dejar la tierra que consideraba como su patria; pero era necesario salvar la vida al hijo de su ama, y se embarcó inmediatamente para Cuba.

Durante el viaje, el niño se hizo muy pronto amar de la buena señora, que tuvo por él todos los oficios de una madre y que como á hijo le acogió en su casa luego que llegaron á la Habana. Sin embargo, no olvidó nunca nuestro niño á su cariñosa salvadora, porque bien sabía que nadie le amaba como ella.

Hablábale la negra algunas veces de la madre que él había perdido, y á ella debió el pobre huerfanito el haber conservado toda su vida una imagen confusa de su buena madre y un débil recuerdo de los primeros años de su infancia.

Jamás salió de los labios de aquella anciana palabra que no fuese santa y de provecho para el niño; palabras que formaron su carácter, y que después, ya hombre, tuvo muy presente en las circunstancias apremiantes de su vida.

Enseñóle á tener fé, y á dejar siempre lo futuro al cuidado de una sabia Providencia.

Cuando el niño comenzó sus estudios de colegio se complacía la buena anciana en ver sus adelantos, ó á lo menos, le escuchaba atentamente cuando hablaba sobre los nuevos conocimientos que adquiría.

Así pasaron unos pocos años, y la anciana bien sabía que ya había vivido demasiado.

Hijo mío, solía decir al niño, de un momento á otro has de perderme, y entonces..... Dios sabe lo que será de tí. Solo, en un mundo que no conoces todavía, quién sabe la suerte que te aguarda! Tal vez tendrás que sufrir mucho en este mundo;—pero nunca te abandones á la desesperación, y recuerda que vela sobre tí una Providencia que siempre te ha amparado y protegido.

Entristecíase el pobre huérfano, porque bien se le alcanzaba que de un momento á otro debía esperar uno de los más tremendos golpes que puede sufrir el corazón humano.

Un día, viendo que la buena anciana tardaba en salir de su cuarto más de lo que tenía de costumbre, entró en él para despertarla, ó inquirir la causa que la tenía en cama hasta tan tarde. Púsose á llamarla, y como no recibiese respuesta, se acercó al lecho para sacudirla del profundo sueño en que la creía sumida..... Era en vano..... ella dormía el sueño de la muerte.....»

Aquí corrieron lágrimas por las mejillas del abuelo; los niños también lloraron, y después de una breve pausa, terminó así el narrador:

«Desde entonces el joven, no ya el niño, viajó tierras, sufrió naufragios, padeció todo linaje de males; pero nunca le faltó la protección del cielo, y ha vivido lo bastante para contar á sus nietos la historia de los años de su infancia.»

Miraban los niños á su abuelo con los ojos arrasados en lágrimas; todo aquel día estuvieron tristes, y soñaron aquella noche que la buena anciana desde el cielo les enviaba su bendición.

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO III.

#### DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

##### ARTICULO XI.

###### *De los deberes de la hospitalidad.*

###### I

Desde el momento en que una persona cualquiera se dirige á nuestra casa, se supone que ha contado con recibir de nosotros una acogida cortés y benévola; pues claro es que se abstendría de penetrar en el recinto donde ejercemos un dominio absoluto, si temiera de nuestra parte ser desatendida ó de cualquiera otra manera mortificada.

###### II

Nada es más bello ni más noble que el ejercicio de la hospitalidad cuando es nuestro mismo enemigo el que busca en nuestro hogar un amparo contra el peligro que lo amenaza; y es entonces cuando se pone á la más decisiva prueba el temple de nuestra alma, la elevación de nuestro carácter, la solidez de nuestros principios y la grandeza de nuestros sentimientos.

###### III

Debemos recibir siempre con atención y afabilidad á aquel que, sin merecer la calificación de enemigo nuestro, nos haya hecho, ó creamos habernos hecho alguna ofensa. La civilidad nos prohíbe absolutamente mostrar á alguna persona en nuestra casa, ya sea por medio de palabras, ó por señales exteriores de disgusto, la queja que de ella tenemos; á menos que se trate de una esplicación pacífica y cortés, la cual, presidida, como debe estar, por la amis-

tad y por el sincero deseo de cortar una desavenencia, escluirá desde luego toda manifestación que pueda ser desagradable ó mortificante.

###### IV

Jamás recibamos con displicencia, ni menos contestemos con palabras destempladas, al infeliz que llega á nuestras puertas á implorar nuestro socorro. Aquel á quien la desgracia ha condenado á vivir de la beneficencia de sus semejantes, no merece por cierto que le humillemos; y ya que no podemos remediar sus necesidades, ofrezcámosle el consuelo de una acogida afable y benévola. Cuando no podamos dar limosna, demos siquiera buenas palabras, que para el desvalido son también obras de caridad.

###### V

Aunque podría bastar lo dicho para comprender todo lo que debemos á nuestros amigos, siempre que se encuentran en nuestra casa, bueno será indicar aquí unas reglas especiales que tenemos que observar cuando en ella les damos hospedaje, y han de vivir por lo tanto en familia con nosotros.

###### VI

Desde que un amigo nos anuncia que va á hospedarse en nuestra casa, nos dispondremos á recibirle dignamente, preparándole la habitación que consideremos le sea más cómoda, en la cual pondremos todos los muebles que pueda necesitar; y si tenemos noticia oportuna del día y la hora de su llegada, saldremos á encontrarle á alguna distancia para acompañarle á nuestra casa.

###### VII

No permitamos que nuestro huésped haga ningún gasto para su manutención ni para la de sus bestias. Respecto de estas últimas puede suceder que su crecido número, nuestra pobreza, conocida por nuestro huésped, y la íntima confianza que á él nos una, nos permitan ceder, sin mengua de nuestra delicadeza, á las instancias que él mismo nos haga para que prescindamos de proveer á su manutención.

(Continuará.)

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La educación no debe cesar al entrar á los catorce ó quince años; al contrario, debe continuar aun cuando sea por menor número de horas.

Un joven de quince años es tan niño todavía en perspicacia y poder, como en edad.

Entonces es cuando va llegando el período más importante en que puede influirse sobre él, y el más peligroso. ¿Y es entonces cuando hemos de abandonar al joven á sí mismo para que se corrompa acaso por los negocios comunes de la vida?

Eso sería, hablando propiamente, una locura. Sería haber comenzado y no concluir.

Por tanto, la instrucción y el ejercicio de los demás poderes del alma deben continuar, disminuyéndose el número de horas.

Entonces deben estudiarse las materias más importantes; teorías de religión y moral, principios de ética y desarrollo de carácter, teorías de los deberes y derechos del ciudadano, sus relaciones con las autoridades y con el estado, conocimientos generales de las leyes del país, especialmente del código penal.

Esto dará un resultado mucho mejor que el sistema hasta aquí seguido en las escuelas de niños; la mezquina práctica de leer, escribir, etc.

A nadie debe separarse de la instrucción hasta que tenga edad.—DIESTERWEG.

### La madre y el alma inocente.

#### LA MADRE.

Murió mi dulce María,  
Mi consuelo, mi alegría;  
Con ella al sepulcro voy.

#### EL ALMA INOCENTE.

No me llores, madre mía:  
Yo era mujer, ángel soy.